

ción en sus escritos de algunos rasgos de atrevimiento de los volantes.

En 1385 cuando la entrada en París de Carlos VI y de Isabel de Baviera, un génoves dejó admirada á toda la ciudad. Habiéndose tendido una cuerda de una de las torres de Nuestra Señora, á una de las casas del puente del mismo nombre, bajó por ella llevando una antorcha en una mano y en la otra una corona que le puso á la reina en la cabeza, en el momento en que la princesa atravesaba el puente. Luego se volvió á subir por donde había bajado.

Nuestro grabado representa una habilidad de igual naturaleza que se vió en Venecia antes de 1536, aunque no tenemos de ella ningún relato detallado. Nos parece inútil observar que los personajes son de una estatura fuera de toda proporción con la altura de los edificios.

### LA CUARCA DEL DIABLO.

POR  
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 7.)

Y diciendo esto, cogió su canastillo, para estender su ropa sobre las zarzas.

German hizo como los niños que se deciden cuando ven que les van á dejar; echó á andar detrás de su suegra y le dijo con voz temblona que era *Mariquita la de la tía Guillerma*.

Mucha fué la sorpresa de la tía Mauricia; era la última en que podía pensar; pero tuvo la delicadeza de callar, guardando para sí los comentarios. Luego viendo que su silencio llenaba de angustia al pobre German, le tendió su canastillo diciendo:

—Pero esa no es una razon para que no me ayudeis un poco en mi trabajo: tomad el canastillo y hablaremos. Lo habeis reflexionado bien, German? Estais bien decidido?

—Ay! mi querida madre, no es eso lo que debéis decir. Estaria muy decidido si pudiera tener alguna esperanza; pero como sé que no se me hace caso, estoy decidido á curarme, si puedo.

—Y si no podeis?

—Todas las cosas tienen un término, tía Mauricia; cuando el caballo lleva mucha carga, se cae, cuando el buey no tiene que comer, se muere.

—Es decir que os moriréis si nó os casais con ella? No lo permita Dios, German. No me gusta que un hombre como vos diga esas cosas, porque cuando las dice, las piensa. Sé que tenéis mucho valor, y la debilidad es muy peligrosa en las personas fuertes. Vamos, vamos, procurad aliviaros con la esperanza. No puedo creer que una muchacha que se halla en la miseria, y á quien honrais muchísimo con vuestra preferencia, sea capaz de despreciaros.

—Y sin embargo es la pura verdad lo que habeis dicho.

—Pero en que se funda para ello?

—Dice que os debe muchos favores, tanto ella como su familia, y que no quiere daros un disgusto quitándome la idea de contraer un rico matrimonio.

—Si eso dice, prueba que tiene buenos sentimientos, y la alabo mucho. Pero esas palabras, German, ya sabe ella que no son un remedio, y quiere decir, sin duda, que os ama, y que se casaria si diésemos permiso para ello?

—Nada de eso; dice que su corazon no se ha hecho para el mio.

—Si dice lo que no piensa: para tratar de alejaros de ella, es una criatura que merece que la queramos mucho, y que la perdonemos su juventud, á causa de su mucha sensatez.

—Sí, dijo German, herido subitamente de una esperanza que hasta entónces no había podido concebir; eso seria muy prudente y laudable de su parte; pero me temo que su sensatez provenga de que yo no la gusto.

—German, dijo la tía Mauricia, vais á prometerme que os estaréis quieto toda la semana, que no vivireis atormentado, que comeréis, dormireis y estaréis alegre como en otro tiempo. Yo hablaré á mi marido, y si le arranco su consentimiento, entónces sabréis definitivamente lo que piensa la chica con verdad.

German hizo la promesa, y la semana entera se pasó sin que el tío Mauricio le dijese una palabra á solas, ni aparentase que sabia nada. El labrador se esforzó por estar sosegado; pero en realidad se hallaba mas pálido y mas atormentado que ántes.

Por último, el domingo por la mañana, al salir de misa, su suegra le preguntó si había obtenido alguna cosa de Mariquita despues de la conversacion en la huerta.

—Nada, nada, respondió; no le he dicho una sola palabra.

—Y cómo queréis persuadiria si nada la decis?

—No la he hablado mas que una vez, respondió German, y es cuando fuimos juntos á Fourche; pero desde entónces acá no he vuelto á despegar mis labios. Lo que me dijo me hizo tanto mal, que prefiero estar me callado á oírle decir de nuevo que no me ama.

—Pues, hijo mio, tenéis que ir á hablarla sin tardanza; vuestro suegro os autoriza á ello. Vamos, decididos, os lo digo yo, y aun os lo mando si es preciso, porque no podeis permanecer en esas dudas.

German obedeció y entró en casa de la tía Guillerma con la cabeza baja y un aire de tristeza en su persona toda. Mariquita estaba sola sentada á la lumbre, y tan pensativa, que no oyó que German entraba; cuando le vió en pie delante de ella, dió un salto de sorpresa sobre su silla, y se puso encarnada como una cereza.

—Mariquita, dijo German sentándose á su lado, te vengo á incomodar y á fastidiarte, pero el *hombre y la mujer de casa* (designando de este modo, segun el uso, á los getes de la familia) me han hecho venir para que te hable, y te suplique que te cases conmigo. Tú no quieres, no es verdad? ya lo sé.

—German, respondió Mariquita, con que es verdad que me amais?

—Y eso te incomoda, estoy seguro; pero qué quieres? no tengo yo la culpa; si pudiésemos cambiar de ideas, mucho contento me darías, pero sin duda no merezco esta felicidad. Vamos, mirame, Mariquita: tan feo soy?

—No, German, respondió ella sonriendo; sois mas guapo que yo.

—No te buries de mí; mirame con ojos de indulgencia; no me falta ni un diente ni un cabello: mis ojos te dicen que te amo; mirame pues á los ojos, que en ellos lo verás escrito, y las muchachas todas saben leer esa letra de corrido.

Maria miró á los ojos de German, vivarachita y alegre como siempre; pero de repente volvió la cabeza y se puso á temblar.

—Ah, Dios mio! te doy miedo, dijo German; me miras como al hacendado de Ormeaux. No me temas; te lo suplico,

esto me mataria. No te diré malas palabras, no te daré un beso contra tu voluntad; y cuando quieras que me vaya, no tendrás mas que mostrarme la puerta. Vamos, quieres que salga para que acabes de temblar?

—Maria tendió la mano al labrador, pero sin volver la cabeza hacia él y sin decir palabra.

—Ya comprendo, dijo German; me compadeceis porque eres buena, y sientéis hacermé desgraciado, pero te es imposible amarme!

—Porqué me decís esas cosas, German? respondió al fin Mariquita; queréis, pues, hacermé llorar?

—Pobre muchacha! tienes buen corazon, ya lo sé; pero no me amás, y me ocultas tu cara porque temes que lea en ella tu repugnancia y tu disgusto; y yo, ni siquiera me atrevo á apretarte la mano. En el bosque, cuando mi hijo dormia, y tú tambien, estuve para darte un beso, pero hubiera preferido morirme de vergüenza antes que pedirte, y padeci tanto aquella noche como un hombre que muere á fuego lento. Desde entónces no ha habido noche que no sueñe contigo; oh! cuántos besos te he dado, Mariquita, y tú, entre tanto, tú dormias sin soñar nada; y ahora, sabes lo que pienso, ahora? Pues creo que si te volviésemos para mirarme, con los ojos que tengo por tí, y que acercases tu rostro al mio, creo que me caería muerto de alegría, y tú, tú piensas que si semejante cosa te sucediera, te morirías de rabia y de vergüenza!

German hablaba como en un sueño sin oír siquiera lo que decia. Mariquita continuaba temblando; pero como el labrador temblaba mucho mas, ya ni tampoco lo notaba. Be repentinamente se volvió con el rostro inundado de lágrimas, y reconviniente con sus ojos: el pobre German creyó que era aquel el postrer golpe, y sin esperar la respuesta, se puso al instante en pie para salir; pero la jóven le detuvo rodeándole con sus dos brazos y ocultando la cabeza en su seno, le dijo sollozando:

—Ah! German! con que no habeis adivinado que os amo!

German se hubiera vuelto loco en aquel momento, si su hijo, que le andaba buscando, no hubiese entrado en la choza á caballo en un palo, seguido de su hermanita, que azuzaba con un mimbre aquel corcel imaginario. German le levantó en sus brazos; y poniéndole en los de la jóven esclamó:

—Mira, tu amor ha hecho feliz á mas de uno, mi Maria adorada!

FIN.

### PEDRO PABLO PRUD'HON.

Prud'hon no brilló únicamente por la ternura y la gracia; muchas de sus obras despiertan las ideas de fuerza, de nobleza y de magnificencia, y le era muy familiar el buen estilo. Cuando hablamos de estilo, debemos advertir que no consideramos como tal ese no se que de frio, inanimado y muerto, que se vé en las amaneradas producciones de los académicos de todos los países; estilo para nosotros, es el resultado colectivo de la significacion de las tres palabras que vamos á escribir: fuerza, nobleza y magnificencia á las cuales deben añadirse, la belleza heroica, y la espresion épica.

Puede negarse acaso la presencia de estas altas cualida-

des en la *Justicia y la venganza celeste, persiguiendo al Crimen?*

M. Carlos Blanc, á quién la revolucion de febrero llevó á la direccion de las Bellas-Artes, ha hablado de este cuadro de un modo tan notable que, creemos no desagradará á nuestros lectores el que traduzcamos aqui lo que ha dicho con respecto á él: «Un dia que Prud'hon estaba comiendo en casa de M. Trochet, prefecto del Sena, este magistrado le habló de hacer un cuadro para colocar en el salon del tribunal, dejando caer en la conversacion estos versos de Horacio:

Baro antecedentum scelerum  
Deseruit poena...

No había aun acabado cuando Prud'hon se levanta de la mesa, pide permiso para retirarse al gabinete del prefecto, y allí, tomando una pluma y un papel, traza la composicion que acababa de crear en su mente... En un cuarto de hora hizo el diseño de sus figuras, con su espresiva pantomima y la distribucion de las luces, y enseguida se las llevó á M. Trochet que, al verlo, se quedó admirado y sorprendido... Es de noche, á la hora escogida por el homicida, y Prud'hon nos da el espectáculo del primer crimen de la humanidad, que se efectuó en el seno de la primera familia humana. La tierra está todavía inculta, desierta y salvaje. En el momento en que Cain acaba de matar á su hermano, lá lanza, rompiendo las nubes, hiere al asesino con sus rayos... Abel, tendido sobre unas piedras, tiene la palidez de un muerto; su naturaleza es fina y endule, delicada su complexion. Cain por el contrario, es un hombre de una piel aspera, bronceada... su aspecto es feroz; lleva consigo el instrumento de su crimen, y teme la palida luz que le acusa y le descubre. Sus estraviados ojos no se atreven á mirar á su hermano muerto y bueye precipitadamente... pero ya se ciernen sobre su cabeza y pronto le alcanzarán, las dos figuras de la Venganza y de la Justicia. Erizados los cabellos, y con una antorcha en la mano la Venganza estiendo sobre Cain su brazo derecho y se dispone á apoderarse de él, con sus crispadas manos. La Justicia con mas sosiego, mostrando un semblante inalterable, va á herirle nobilmente con su espada. Su cabellera sujeta con una cinta, no se halla desordenada; su cólera no se vislumbra esteriormente, ni tampoco su indignacion. Lleva la balanza en la mano izquierda; pero, oh idea sublime! no tiene suspendida esa balanza para pesar el bien y el mal, su robusta mano confunde las cadenas y los platillos: estando allí la víctima que acaba de rendir el último suspiro, que lleva las señales del puñal marcadas con su sangre, para qué sirve la balanza de la justicia? Cuanto efecto debió producir esta obra en el salon del tribunal!

Este cuadro, que, figuró en la esposicion de 1808, le valió á su autor la cruz de la legion de honor: en el dia se halla en el museo del Louvre. El escritor que acabamos de citar, añade que han hecho mal en sacarle del salon donde estuvo en un principio colocado, sustituyéndole una imagen de Jesucristo. Nosotros no somos de su opinion: nosotros creemos que una sociedad que ha puesto en duda la legitimidad de la pena de muerte, y que se honra con este axioma lleno de mansudumbre, á saber, que mas vale dejar escapar diez criminales, que herir á un inocente, creemos que esta sociedad estuvo muy bien inspirada al colocar encima de la cabeza de los jueces del tribunal, la efigie del Dios que supo perdonar á sus verdugos.

En cuanto al nuevo puesto que la magnífica composición de Prud'hon ocupa hoy, vale lo mismo que el otro, puesto que para recibir á un compatriota en medio de ellos, Rafael, Mu-

riilo, el Poussin y tantos otros maestros han debido estrecharse un poco!

J. J. ARNOUX.



PRUD'HON INV. M. CABASSON DEL. L. DUBARIN SC.

La justicia y la venganza divina persiguiendo al crimen.

#### EPISODIO MILITAR.

#### RICARDO Y ZULEMA.

El regimiento infantería de C<sup>o</sup> contaba en su seno á Ricardo N., jóven de 25 años, que, hijo de padres de nobleza y riqueza, aunque no de nobles blasones, poseía una fortuna mas que regular. Los alicientes de ella, y las travesuras propias de una imaginación volcánica, le impulsaron á abandonar el lado de su madre, y suelto en el campo de la vida, sin jénero alguno de sujeción, llegó hasta el estremo de tomar plaza de soldado en el arma de caballería. Avezado á vivir entre la libertad y los festines, no le fué posible enjendrar una costumbre que lo redujera á entrar en el círculo de pas que la ley impone á los militares; bien pronto aburrido, abandonó sus banderas, y tal crimen le impuso el castigo de servir por sentencia en un regimiento de América fijo dando con su compañía la guarnición de Mellilla.

Contemplándose proscrito de la sociedad, y de ella desechado para vivir entre los criminales por su falta de virtudes, la melancolía y la tristeza le acosaban sin cesar. Metido en los rigores de la peste que veía arrebataba rápidamente la existencia á sus camaradas, sujeto á hacer un servicio ac-

tivísimo y á estarle continuo con el fusil en la mano en los muros de la fortaleza, para evadirse de entregar su cabeza á las gúntas de los moros, maldecía su destino y tocaba los estremos de la desesperación. Asaltada su mente por mil ideas de tristeza, sentía cada vez mas el peso de su infortunio, aconsejándole unas veces el suicidio y las mas la fuga al campo enemigo. Esto, que reinaba mucho en sus reflexiones que eran cortas y pocas, le dominaba en estremo, y entre el temor y la duda se interponía la ilusoria idea de que en los campos de Rif hallaría la felicidad. Su corazón le gritaba en voz secreta, y un eco recóndito daba resolución á sus pensamientos.

Soplaba una noche el furioso vendabal con todo su impetu; el cielo cubierto de negros y pardos nubarrones, dejando entrever fulcientes relámpagos amenazaba un horrible aguacero; los bramidos del mar hacían temblar hasta las montañas vecinas: el garrido de las aves nocturnas y auguradoras de presagios fatídicos estremecía á los centinelas que guardaban la comarca de su vigilancia. El mas tético silencio reinaba, y solo de vez en cuando resonaba el estampido de los truenos, mezclado con algunos que otros chillidos de las vigias de los moros, que asemejan al lúgubre acento de los moribundos: el alerta resonaba por los vientos con tono ame-

nazador é imponente, y todo ofrecía el mas horroroso aspecto, que se multiplicó cuando desencadenados los elementos, parecía que la cólera divina se habia desatado.

Ricardo encontrábase á la sazón de centinela en la estacada, punto mas avanzado de la línea: un terror pánico le sobrecorrió instantáneamente; empero reanimado su espíritu al considerar era la ocasión de obtener su libertad por medio de la fuga sin ser visto, recobró su valor y se decidió á pasar la estacada. Ya en el campo, en medio de los prados que estaban convertidos en lagunas, sin conocer el terreno ni los caminos, y en una noche que podia denominarse de tinieblas, vacilante no sabia á dó gustar sus pasos. En tan apurada situación, encendió su alma al Ser Supremo, y alzando su corazón al cielo, lanzó un fuerte gémido, que mas hinchado y combatido que las olas del mar, bien pronto se perdió por los aires sin ser repetido.

El cuartel de Santiago, antiguo albergue de los soldados españoles, y en la actualidad punto céntrico de la línea de los africanos, en donde se cobijaban, parecióle á Ricardo que debía estar situado á su frente; resolvió dirigirse á él, y cuando ya estaba próximo despues de gastar mas de tres horas en la travesía de media legua, fué tal su desdicha, que poniéndose de pie sobre una de las trampas que tienen los moros en aquellos campos, se hundió y precipitó en el fondo que tenía como unas seis varas y media de agua: vió Ricardo zozobrar su existencia: el infeliz, asido de una tabla, pudo no sin trabajo, sostenerse sin llegar al fondo, y en vano gritaba con afán pidiendo socorro. El viento ahogaba sus gémidos, y los truenos con el horrisono combate del mar confundían sus lamentos que se perdían por el espacio. Agotado el sufrimiento, apagados sus bríos y causadas sus fuerzas, iba el desgraciado á abandonarse en los brazos de la muerte; pero la Providencia que no abandona á nadie, mitigó la tormenta, y los moros que son estremadamente vigilantes y exactos, tan luego fué calmada la tempestad, salieron del cuartel para pasar la noche en los ataques, y segun su costumbre hostilizar á la plaza.

Un moro llamado Ali, que por su afición á los cristianos se distinguió siempre en la protección que dispensaba á los que fueron á aquellas tierras fugitivos, tenía encomendado el cuidado del parapeto de Mahoma, que así se llama el que se encuentra á veinte pasos de la trampa en que cayó Ricardo. En el situado penetraron en sus oídos los ayes lastimeros, que parecióle ser de algun herido por las balas que los cristianos mandaban en contestación á las provocaciones de sus compañeros, quienes desde el glasis de la fortificación, molestaban á las guardias con piedras y disparos. Repetidos los lamentos, fijó Ali su atención, y movido á compasión, dió dos ó tres voces. Ricardo casi desfallecido, que escuchó el eco de la voz de un mortal, esforzó sus gritos pronunciando el nombre de todos los moros que conocía.

Ali que oyó cruzar por los vientos el suyo, salióse de la cabalía, y corriendo hácia el punto de donde al parecer salía, llegó á la boca de la trampa, y sobrecorrido al contemplar la triste situación que ocupaba el desventurado, no titubeó un segundo y tirándole el jaíque, obvióle la salida. La gratitud una de las prendas que deben adornar el corazón de todo hombre, estaba arraigada en el de Ricardo; así que, lleno de júbilo, guiado por los impulsos del reconocimiento, se arrojó á los brazos de su libertador, y vertiendo lágrimas de placer, entre los sollozos que emanaron del contento dijo: eres mi bienhechor; jamás te desmentaré el agradecimiento, y puesto que te debo la existencia, te juro la mas fiel y eterna amistad. Ali, que al escuchar la dulzura de sus palabras,

presumió al momento ser un fugado de la plaza, le interrogó acerca de las causas que le habían inducido á huir de ella, y enterado, no titubeó en proteger á Ricardo. En vez, pues, de llevarlo al cuartel como le obligaba su deber, se decidió marchar á su casa, tanto para socorrerle como para sustraerle de la vista de la guardia, que indudablemente se lo habria apropiado para venderlo en cambio de un carnero. Sin demora, pues, hizo que le siguieran, y marchando por caminos estraviados, ásperos y de difícil paso, cuando habrían andado como media hora, llegaron á una cabanña situada al pié de una colina. Llamó Ali, dió dos silbidos, y súbitamente abrió la puerta un anciano, quien con dos teas luminosas en las manos, se acercó á mirar á Ricardo, al que tocándole en el hombro, le dijo:

« Parece cristiano que te ha cogido el aguacero? Sin duda has sufrido toda la fuerza del agua?»

Y mientras hablaba ihale arrancando los botones del capote. A una mirada de Ali, suspendido el viejo sus interrogaciones, y poniéndose sobre una escalera de palo que estaba situada á la derecha de la puerta y en la boca de un subterráneo, empezó á bajarla. Ricardo le siguió, y á la profundidad de unas doce varas entraron en una angostura ó callejon que á los pocos pasos los condujo á un rellano cuadrado que tenía dos bocas laterales. En él estaba la familia de Ali, que consistía en el viejo, la mujer y una hija de 20 años. Todos yacían echados sobre unas yerbas, y envueltos con sus jaíques estaban entregados al mas profundo sueño, á escepcion de Zulema (asi se llamaba la hija), que notó la entrada del extranjero; pero prohibido por su padre hacer en caso igual demostración alguna, no se dió por entendida.

Unas cuantas teas puestas en una piedra alumbraban el recinto: en un estremo habia unos palos ardiendo en fuego lento, y á la inmediación algunos ramages. Ali cogió una grande porción de ello, y avivó el fuego que opaco iba consumiéndose; hizo acercar al huésped, y desnudándole para enjugar la ropa, dióle un jaíque de los suyos. Seguidamente le facilitó un pedazo de alcurnas, unos higos y un poco de agua. Ricardo, que no la bebía á menudo, y que hubiera dado por un vaso de vino, en aquel entónces, hasta cuarenta onzas que tenía en su cinto, y sustrajo de la vista de su protector para que no siguieran el camino de los botones, empezó á sentir nuevamente su infortunio; y al considerar el espectáculo que ofrecía la mansion do morar debía, mil angustiaditos pensamientos afligian su alma, lacerada por el dolor y arrepentimiento, que se acrecentó cuando Ali, pasando á otro departamento, y con el objeto de regresar á su guardia, llevóle á dormir con el ganado, que como era natural no le dejó cojer el sueño, hasta que la fuerza de la fatiga sufrida, le venció y dejó dormido, sin que los validos de los carneros y las picaduras de los insectos le molestasen en nada.

Zulema, entrada por su padre de todo, fué incitada por un vivo deseo, y anhelaba ver al cristiano. Compadecióse su suerte, y mirábala con interés. En toda la noche pudo dormir, y suspiraba por que apuntase el crepusculo del día para dejar su lecho y correr á dar suelta al ganado.

Ricardo, en sus sueños que eran consiguientes, veía fantasmagorosas que volcaban sus frentes. Las agonias mas terribles y las ideas mas afflictivas corrían el campo de su marchitada imaginación. Ya se contemplaba ahogándose, ya un moro le hundía en el pecho aguda gúnta; otro le perseguía para darle cruda muerte; él huía, y siempre el árabe le atajaba: en tan horrenda lucha, agotado el sufrimiento, cree llegada su última hora, dispérsase, lanza un grito de terror, se levanta desparavido, mira en su torno, se multi-

plica el espanto, y de nuevo ve las sombras de sus sueños que le obligan ya á caer lánguido y desfallecido, con los sentidos embotados.

Zulema que no dormía, escuchó los gemidos: su corazón que no latía tranquilo desde la llegada de Ricardo, lo obligó á abandonar la cama; cogió dos teas, y de puntillas para no ser oída corrió en su busca: pasmada al contemplarlo casi moribundo, no pudo contener la emoción de su alma encantadora, y con el mas vivo ador se arrojó á sus pies: sus grandes ojos negros se fijaron en el rostro de Ricardo, y suspirando con el ardimiento de su alma que sentía los impulsos del primer amor, dijo:

—Hacia ti, cristiano, me arrastra increíbleman: poseés indudablemente un poderoso amuleto que á ti me lleva sin saber porque: desde que te he visto, he empezado á adorarte; por mi profeta te lo juro, y te doy esta prueba en testimonio de la pasión que siento por ti; no fallezas por piedad, que te quiero para respirar contigo en estas playas áridas y desiertas las brisas del amor que darán á mi corazón balsámico consuelo.

Mientras esto decía con el fuego del corazón y la profusión del entusiasmo, Ricardo, entre su agonía, escuchaba los acentos de su voz encantadora; ellos dispararon el letargo, y en medio de las angustias y los dolores del padecimiento que habían trastornado su cerebro, volvió la vista, y tendió como por encanto los brazos; Zulema le abrió los suyos, que multiplicaron el éjumen de sus deseos. Al contemplarla Ricardo, sintió en su alma los efectos del goce mas cumplido; porque las caricias, los halagos y las palabras seductoras de la maga, sedujeron la razón, despojando su corazón, que, dotado de sensibilidad, latía con violencia, tocando en parte realizadas las mágicas ilusiones que doraban sus pensamientos, cuando entre los suyos estaba.

Sobrecogido en parte, si bien estasiado y lleno de delicias al sentir el caloroso fuego, muy en breve salió del estado de inacción al oír de los labios divinos de la bella Zulema, que reiterando sus caricias, le aseguraba que el amor en hora de frenesí, hablaba cegado y conducido hasta el grado de faltar á los preceptos de su religión, y á los de su padre; empero, que resultaba á consagrarle la fé de su corazón, le ofrecía con su amor la protección siempre que á ella sola amase, sin seguir las máximas de los moros, que robaban la tranquilidad á las que de veras querían. Ricardo, que por momentos sentía aumentar las sensaciones, y acrecer la emoción de su alma, no titubeó en asegurarle la mas fina correspondencia; y entregados al júbilo, respiraron los ardores de su sincera credulidad, entre las mas placidas caricias; y Zulema con la gracia y candor de que están dotadas las lindas africanas, desde aquel momento fué el ángel y la guía de su adorado, al que prevenía la mayor reserva para no responder á ser descubiertos, y libertar sus cabezas del pylon á dondela dividiria el falange de su padre, y haciéndose á la vez depositaria del dinero que llevaba, lo puso fuera de los tiros de la usurpación.

Desde que el amor fué sellado con mutuas muestras de afección, Zulema recorría el campo de sus ideas buscando el medio para libertarse ambos; pero en el Rif, situado en un extremo del desierto, no encontraba posibilidad. Ricardo discurría lo propio, y martirizadora lucha afijia su alma, porque se veía en el caso de renegar; pues así Ali habíasielo ordenado, so pena de parar á otro dueño que lo habria ocupado en labrar unido á un buey ó borrico; y como á él solo se le empleaba en el cuidado de la casa y un campo que á ella estaba cercano, el infelice desesperaba, y pidiendo á Dios el

perdon de sus culpas, le suplicaba le diese fortaleza para resistir y medios para libertarse; y como tantas penas eran acosadas por el recuerdo de su natal suelo, y la amistad de sus compatriotas en los días de delirio, exhalaba amargos y doloridos ayes, que en aquella desierta y extranjera tierra, solo acorria Zulema endulzándose con sus hechizos.

El dardo del amor habia traspasado el corazón de Ricardo, y pronto empezó á sufrir los rigores de los celos. Habrían transcurrido cuatro meses, cuando un moro llamado Jamete Oerdé, enamorado de Zulema, ajustóla según sus usos, en unos cien pesos, para llevarla á vivir con él. En la noche del pacto, estando todos recojidos, dió Ali la orden á presencia del infeliz con mandato terminante: los corazones de los dos amantes, cubriéronse de luto, y la pasión misma multiplicó el dolor. Zulema con firme resolución abierta se opuso, y ofreció á su padre hasta tres mil reales por su libertad; efectuóse el contrato á su favor, y so pretexto de haber encontrado aquel dinero quedó libre, pero no sin sospechar el padre de la venida de aquellos reales.

El Jamete furioso, tomó celos con Ricardo, y fraguó una intriga para alejarlo de la casa, haciendo que un hermano suyo lo comprase por mayor cantidad. El haberlo Zulema libertado por dinero habria sido descubriese; así que Ricardo, fué arrancado del lado de su amada, que con la imaginación de mujer astuta, discurrió la venganza. Conociendo que la vida de su amado peligraba, fingió un acendrado amor á Jamete, y el pobre Ricardo que la adoraba y no podia tener ni aun el consuelo de hablarla, fué testigo diario de las entrevistas, á su ver amorosas, y en una de ellas, colmada su alma de pesares tocó el mas acervo dolor, pues oyó citar á su rival para el siguiente día, con la condición de darle la muerte en el bosque cercano á donde él iba con el ganado, haciendo Zulema la obligación de presenciar el acto.

Mientras el misero se disponía á morir, y lloraba dolientemente de su amor, Zulema meditaba el medio de arrebatrar la existencia al moro iracundo, y al efecto dijo á su padre que en el bosque inmediato, al pié de un árbol tenia desde el día del hallazgo algun dinero enterrado. Ali la ordenó fuese á él, y que lo esperase en el punto en donde estaba el dinero.

El Jamete, listo y dispuesto para el crimen, esperaba á Zulema en el lugar de la cita: al verla llegar salió á recibirla, y ella con su seductor atractivo, supo engañarlo hasta el estremo de hacerle sentar al pié del árbol en cuyo cimiento habia con antelación enterrado algunas monedas é incitándole al desman cuando divisó á su padre, obligó á Jamete á pasar el limite de las reglas de su ley, y dando gritos y voces, procuró evadirse de ser víctima del capricho. Ali, que á la sazón llegaba, sorprendió al moro, y bien pronto, cayó muerto al ímpetu de una bala.

Con la mayor sangre fria desenterró el dinero, y llevándose á su hija, la hizo ver la satisfacción que tenia en haber castigado al osado según los mandatos de sus santos.

En el camino se separaron, y Zulema llena de gozo volvió en pos de su Ricardo; el pobre que la vio á él dirijirse creyó cercano su fin, y huyó por el bosque, ella gritóle, pero desfavorido y confuso se afanaba porque fuese mas larga su existencia. Fatigada y pesarosa, cedió al cansancio cayendo rendida. Ricardo que al volver la cabeza fué testigo, no pudo contener los impulsos de su corazón, y voló en su busca para favorecerla: asustado al verla fuera de sí, la abrazó, y vertiendo copioso llanto, exclamó diciendo:

—¡Ingrata! ¿Qué daño te hacia el infeliz proscrito? ¿Por qué contra tu pobre vida atentabas? ¿Qué el cortar su hilo tan tempranamente te hubiese legado?... Zulema, et que solo, en este extraño y desdoblado suelo te crea su bien: el que te adora con la verdad de una pasión pura, ¿quieres que no viva? ¡Ay! ¡Zulema!... que amargo le ha sido el vivir desde tu separación!... como ha bebido la biel de los pesares!... ¡Ah! ingrata ingrata... triste es tu dura crueldad!...

Reclinada Zulema al pié de un sauce, correspondió al amor con el amor, al llanto con el llanto, y á los gemidos con las satisfacciones de ternura: impuesto Ricardo de lo sucedido, muy pronto el cielo fué testigo del regocijo que reemplazara á los temores: el sol con sus rayos ardientes iluminó la luz de sus amores; y los corazones henchidos de venturas latían al ímpetu del contento, y poco para la mas cabal felicidad les faltaba, ocupándose embriagados solo en su pasión; cuando Ali, que receloso por su hija habia ido en su busca, presenció sus reciprocos halagos: lleno de ira y admiración lanzó un grito aterrador; al verlo, arrojáronse á sus pies, siendo vanos los ruegos, porque era el perdón incompatible con sus leyes; iba pues á castigar la culpa con la muerte; pero Ricardo al ver los ademanes, saltó sobre él, sujetóle no sin trabajo y ayudado por su amada ataronle al pié de un árbol.

Armado Ricardo no quiso darle la muerte, y tapándole la boca dispusieron juntos á regresar á la plaza, mas tocaban la dificultad de pasar la linea. Zulema que conocía los secretos, manifestó que desde su casa podían ir por un subterráneo al ataque seco en donde los moros tenían una mina que daba á las de los cristianos. Sin demora se fueron á la casa por lo mas escusado, manlaron al viejo, y recojiendo el dinero de su padre y unos picos, penetraron en el secreto que los llevó al punto indicado. Sin dilación emprendieron la escavacion, y á poco mas de una hora tuvieron salida, que Ricardo conoció ser á las minas de la plaza: llenos de alegría entraron en ellas, y empezaron á tajar el boquete que habían hecho.

Mientras estaban ocupados en su trabajo, en el campo reinaba completa confusión, pues los cristianos habían salido y tenían trabado el combate con los kabilas, que iban cediendo el terreno al valor castellano. El estruendo de la fusilería, el estampido del cañon, el son de los clarines y el rumor y las tinieblas confundían el clamor de los moribundos, y los ayes de los heridos perdiéndose por el aire no encontraban amparo. Cien moros quedaron muertos, y entre ellos Ali, que lo encontraron al reconocer el campo: otros tantos llevaron prisioneros á la plaza, y uno de ellos temeroso de perder la vida, reveló al gobernador el secreto que tenían de la mina para volar la fortificación, por lo que acompañado de algunos, pasó á practicar el reconocimiento. No bien habían llegado al punto por do entraron Ricardo y Zulema, cuando avisaron los bullos; disponiéndose á hacerles fuego, pero losacentos de verdad y perdón pronunciados en español, suspendieron el efecto, y adelantándose varios llevaron al gobernador los dos amantes: de rodillas demandaron el perdón que no niega la noble raza castellana, cuando es compatible con la ley; pero el gobernador, duro y que no queria barrenarla, dispuso fuesen llevados á prision y que se le presentara la causa sobre la desercion de Ricardo; mas se llenó de admiración al leerla, y por reconocer era Ricardo el hijo de su hermana, fueron puestos en libertad, y obteniendo á poco el indulto de S. M., Zulema recibió el bautismo y efectuado el matrimonio, viven hoy ambos en la península,

dando muestras de virtud y sirviendo de ejemplo á los amantes.

JUAN MARCH Y MAROTO.

#### GRUTA DE NAPOLEON CERCA DE AJACCIO.

El principal mérito de esta gruta consiste en los recuerdos que hay en ella relativos á la infancia de Napoleon. La tradicion de los que han vivido familiarmente con este grande hombre cuando era niño, existe ahora y existirá siempre en Ajaccio. En casi todas las clases de la sociedad se encuentran aun compañeros de sus juegos, y no hay ninguno que no diga con una especie de sencillez mezclada de orgullo: ERA UNO DE NOSOTROS! Era uno de nosotros. La casa de campo donde se educó, está un poco mas alla de la ciudad y la gruta se halla situada en la misma colina, y á alguna distancia; allí es á donde le gustaba retirarse muchas veces lejos del ruido que tanto amaban sus compañeros. Dicen que se ocultaba en ella para aprender sus lecciones con mas tranquilidad y sosiego, pero lo hacia tambien sin duda porque la naturaleza y la posición de aquel sitio, ejercian sobre su alma juvenil una atracción involuntaria. Para un alma comun son buenos todos los lugares, pero los espíritus de un orden superior no pueden acomodarse con esta diferencia, y buscan instintivamente un paisaje adecuado á sus inspiraciones, como buscan las plantas el sol, y los pájaros la verdura. Podria decirse que el alma cuando principia á desarrollarse y á engrandecerse, se busca á sí misma una cuna proporcionada á sus hábitos y deseos. Sea como quiera relativamente á la verdad de estas reflexiones que la imagen de esta gruta nos trae á la memoria, jamas escondido de niño estubo mejor escogido. Esta gruta está formada por dos enormes rocas de granito desprendidas de la cúspide de la montaña; al rodar por la cuesta chocaron una contra otra sirviéndose de apoyo mutuamente, de cuya union resulta una especie de bóveda natural: una estremidad se halla abierta y la otra tapada con los matorrales del terreno, y en el vacío puede caber un hombre holgadamente. Hermoso espectáculo por cierto presentan aquellas pesadas masas de piedras moviéndose una á otra en su maravilloso equilibrio y suspendiendo su caída para abrigar del sol la jóven cabeza que acudia allí buscando asilo! La colina donde se encuentra la gruta está desierta y casi inculca; se halla hacia el medio dia y presenta por todas partes una vegetación casi africana. El silencio no se vé turbado sino por el silbido de los mirlos que juegan entre los matorrales, y por el ruido lejano de la mar estrellándose contra la playa. La vista domina la ciudad y los jardines; por delante se desahora el mar, y por detras están las altas cimas de la montaña de Ajaccio que linda con las eternas nieves del Monte Rotondo. Esta es la gruta á que Napoleon ha dejado su nombre, cuando era niño, y que sin él estaria acaso perdida todavia entre los ignorados accidentes de esa comarca pedregosa.

En otros tiempos tenias un alma grande, ardiente, inmensa; el universo entero cabia en tu corazón.... ¡Oh Carlos! Que pequeño y miserable te has vuelto desde que no amas á nadie sino á tí!

SCHILLER.



### ANTIGUA CANCION

TITULADA

#### LA QUEJA DE UN LABRADOR CONTRA LOS USUREROS.

Jamas se vió en Francia una miseria tan espantosa en los campos, como durante las guerras civiles del siglo XVI cuando toda la nacion estaba devastada y talada por facciones de todos los partidos. Los labradores abrumados de contribuciones se veian obligados á recurrir á tomar prestado, hipotecando sus tierras para ello, y de aqui las infinitas canciones que se hicieron entónces sobre los usureros. Nuestro dibujo sirve de orla á una de estas canciones en que un labrador cuenta aflijido sus desgracias y se lamenta contra los usureros que le arrebatan lo que poseia. Dibujo y cancion remontan al reinado de Enrique III.



reproducción de Blondev.

TEODORO GERICAULT.



El naufragio de la Medusa.

Teodoro Géricault, muerto á los treinta y tres años en 1824, ha legado á la escuela francesa uno de esos nombres de que podrian glorificarse la Italia ó la España, Flandes ó la Holanda, esas cuatro regiones donde el arte se ha desarrollado de un modo tan maravilloso, y que cuentan un número tan crecido de reputaciones supremas. Cuántas obras originales no hubiera producido ese artista dotado de tan preciosas cualidades, si hubiese vivido algunos años mas, si hubiese llegado siquiera á la edad de Van-Dyck, ó si esto parece demastado, al menos á la de Rafael! A qué hombre podrá aplicarse mejor el magnífico apóstrofe de Virgilio, que al genio que se reveló entero en su primer ensayo y fué arrebatado por la muerte cuando estaba en flor: *si qua fata aspera rumpas, tu Marcellus eris!*

Ruan, patria de nuestro gran Corneille, vió nacer á Géricault en 1791. Su padre que era abogado y hombre pudiente, le hizo dar una educación muy literaria. Entrado en 1807 en el Liceo imperial, el jóven Teodoro pasó dos años en este establecimiento universitario, y luego entró á los diez y siete en el estudio de Carlos Vernet abandonando bien luego este maestro para pintar bajo la direccion de Guérin. El cine se convertía en agüila.

En 1812, cuando apenas hacía tres años que habia salido del colegio, Géricault envió á la esposicion del Louvre el retrato comestre de M. Dieudonné, vestido con su traje de teniente de guías del Emperador. Esta obra produjo una grande sensacion. Semejante á su modelo, el artista aparecía como un ginete vivo y fogoso en medio de las clásicas fantasmas de la escuela de David. Ya hablaremos en otra

ocasion del CAZADOR DE LA GUARDIA; hoy nos limitaremos al NAUFRAGIO DE LA MEDUSA, y vamos á tratar de él sin mas preámbulo.

Hay alguien en el mundo que no haya oído hablar de aquella espantosa catástrofe, de aquel drama de muerte prolongado un tantos y tan terribles actos, sobre el ancho seno de los mares? Géricault ha tratado este vasto asunto del modo mas completo y satisfactorio. Figúrese el lector por el grabado, lo admirable que debe ser el cuadro que existe en el Louvre! Por todas partes se ven en él tintas sombrías y uniformes, un aspecto verdoso que aumenta la formidabile tristeza de esa escena de desolacion, donde sin embargo, se despierta de pronto una esperanza! Si, una luz de esperanza para los naufragos que no piensan ya sino en sí mismos, para aquellos cuyas torturas han sido físicas puramente; pero tendamos la vista á la izquierda del cuadro, y descubriremos un anciano sentado con la cabeza apoyada en su mano derecha, y sosteniendo con la otra entre sus rodillas el cadáver de un jóven: qué le importa á él, la vela libertadora que la mano de Dios hace aparecer en el horizonte aclarado un poco? Aquellos que no sufren sus torturas morales pueden saludar aquella ancora de esperanza; el anciano permanece mudo, sordo, y ciego: ya es demasiado tarde, su hijo ha dejado de existir. Cuando el buque salvador que va llegando, recoja á su bordo al padre, no será menester arrojar al hijo en aquellas olas sombrías, que, semejantes á la lengua del leon, ya le están lamiendo los pies?

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números)

## LA NOCHE DE NAVIDAD. (\*)

Esta noche es Noche-buena,  
Y no es noche de dormir,  
Que está la Virgen de parto  
Y á las doce ha de partir.

Era una fría noche de diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecía cerrar los ojos y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigoroso frío. Una partida de soldados había llegado tarde á un pueblo en que solo debían descansar unas horas, y después proseguir su marcha hacia un puerto de mar en el que debían embarcarse para América.

Notó el oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, una animación extraña en un pueblo tan quieto, y más á esa hora. Aunque no distinguía bien los objetos por la oscuridad completa en que estaban las calles, noto que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hacia ella sin ser notado. Qué podría ser? Qué se intentaba? Lo raro es que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En ca de tia Belen hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

—Y en ca de tia Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—En ca de tia Belen hay tortas, repuso con energía la voz anterior.

—Y en ca de tia Beatriz huñuelos y mistela, contestó el triple con brío.

—Pues vamos allá! gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tia Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy da-a á las cosas devotas. Vivía sola con una vieja que le servía de moza; esta vieja, que tenía un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tia Pavona, porque su marido había tenido por nombre el tio Pavoni; como la lengua española marca clara y perentoriamente los generos femeninos y masculinos con la a y la o, habianla colocado una a al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así llamada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasion, porque la tia Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisno, podia darle un susto al muelo.

La bandada de gorriones habia llegado á casa de la tia Beatriz que estaba llena de hote en hote.

—Ea, largaos, que no se cabe, fuera la pollita.—Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tia Pavona, que á la sazón se hallaba en el zaguán añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

—Cueca tí, Juanillo, dijo al oído del mayorcito la voz de tiple que bajo al suave susurro de un cedro, mientras se empuñaba mirando con curiosos y alegres ojos hacia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tia Pavona, que lo quería retener, se

\* Creemos nos agradecerán nuestros lectores el que traslademos á nuestras columnas los dos preciosos e interesantes cuadros de costumbres españolas que ponemos á continuación, y que ha publicado en Madrid recientemente el autor FRANCIS CABELERO, ilustrados, el primero, *La Noche de Navidad*, y el segundo, *El Día de Reyes*. Por su sencillez, por su poesía y verdad, los escritos de Fernán Caballero obtienen en el día en España un éxito muy grande y merecido.

deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demas lo siguieron facilmente, como si hubiesen estado untados de jabón.

—Mal haya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer!—gruñía la tia Pavona; por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar ahí están ellos, es decir, en todas partes. Qué plaga de cirro! Que no se quedasen para descanso del mundo en las mentes del Señor!!!

—Válgate Dios, tia Pavona, dijo la viuda que acertó á pasar por allí; déjelos usted. ¿No sabe usted que hoy es la fiesta de ellos, hoy, la Santa Noche-buena?

—Su fiesta es la de todos los días del año, contestó la tia Pavona; en dónde por ventura no meten esos gusarapos sus pestiños? Dios los vendiga! Comejen! Langosta! Jesús, y qué bien vendría otro Herodes!

—Tia Pavona, que entren todos, que el niño Dios los quiere al rededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones.—Pero quién es el que ha visto un nacimiento y no lo ha sentido?—Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y de papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucificado un santo ermitaño, gracioso y sencillamente anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con semanita y su sombrero gacho, el que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel para dejar libre paso á los tres reyes, que en las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... Quién no siente un placer inesplicable al ver pasar aquel horriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que paca tan tranquilos y tan blancos aquellos corderillos? No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? No os da gana de calentaros á aquella hoguerita tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos, que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Véase aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila vecina, como por el ojo de un puente; aquí un raton colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; mas allá un horrio disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á sus cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco que forman el fondo de este cuadro encantador, no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, no adorais enternecidos el divino misterio contenido en aquel portaito con su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente: en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir, aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guía á los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flami-

gera, y arrojar resplandores. La aureola que circula el pesebre en que yace el Dios hecho hombre nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas, y cantos no son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

Puede acaso darse una fiesta mas alegre, mas sencilla, mas tierna y al mismo tiempo mas elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así, cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que mas le complace, la inocencia, la fe y el amor. Oh noche! bien denominada buena, mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entendiendo y siente el pueblo esta fiesta, á qué punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-buena, que aquí transcribiremos, escogiendo al caso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable genuinidad; tienen una buena fe que commueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansamos en repetir, en que en España, como en los demas países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares como se buscan los puentes de todo río.

Cuando los niños entraron cantaba una muchacha:

Cuando el eterno sequiso hacer niño  
Le dijo á un ángel con mucho cariño:  
Andá Gabriel, vele á Galicia  
Allí verá una pequeña aldeá;  
Es zarzosa su gracioso apellido;  
Junto á una casa hay un ramo florido;  
En esa casa, que de David viene,  
Hay una niña que quince años tiene  
Está casada con un carpintero,  
Y aunque es muy pobre, yo así la quiero.  
Dice que quiere en ella hospedarme,  
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.  
Fué el santo á gel bebiendo los vientos  
Hacia llegar al humilde aposento,  
Y cuando vió la hermosa Maria  
Le ha dado el encargo con que Dios le envia.  
Dios le salve, dice, con gran alegría  
Dios te salve, reina y diuosa Maria,  
El Señor es contigo y bendita tu cruz,  
Unica escogida entre las mujeres,  
Y bendito el fruto que has de dar á luz  
El rey de los cielos y tierra Jesus.

Acabado este canto, cantado con su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de las infinitas coplas sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unían en el estríbillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluía una copla, los dos niños que habían bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban, y esclamaban ¡Por tí!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamación: *por tí*.

¿Y qué significa esa frase *por tí*?

¿Y vos no lo habeis comprendido? Será porque la veis friamente estampada sobre el papel, pero si la hubierais oído de aquellos labios fervientes é infantiles, si hubierais observado en aquellos espresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubierais conocido, como nosotros, que decía

*por tí* nuestra alegría, *por tí* somos cristianos, *por tí* somos felices, *por tí* seremos salvos, *por tí* laten nuestros corazones, *por tí* cantan nuestros labios, *por tí* queremos vivir; *por tí* queremos morir. Todo, todo, *por tí*.

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal,  
Lleno de telarañas,  
Entre la mala y el bucy  
El rededor de las almas,  
Y dijo Melchor:  
Toquen, toquen esos instrumentos,  
Y alegrese el mundo que ha nacido Dios.  
Esta noche nace el niño  
Entre la paja y heno,  
Qué se pudriera, niño mio,  
Vestido de terciopelo.  
En el portal de Belen  
Hay estrellas, sol y luna;  
La Virgen y San José  
Y el niño que está en la cuna.  
En Belen tocan á fuego,  
Del portal sale la llama,  
Es una estrella del cielo,  
Que ha caido entre la paja.  
Yo soy un pobre gitano  
Que vengo de Egipto aquí,  
Y al niño de Dios le traigo  
Un gallo quaquiriqui.  
Yo soy un pobre gallego  
Que vengo de la Galicia  
Y al niño de Dios le traigo  
Lienzo para una camisa.  
Al niño recién nacido  
Todos le traen un don:  
Yo soy chico, y nada tengo,  
Le traigo mi corazón.

En este momento se oyó la chillona voz de tia Pavona, canchero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior: por entre el grupo de hombres que de pie estaban á la entrada de la sala, se vieron asomar simultáneamente cabezitas de niños, cuyos cuerpos no se sabía si existían; de tal suerte se habían enojado y embudido entre las capas de los hombres, de suerte que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo Churriguerosco.

(Se continuará.)

## ISRAEL VAN MECKENEM,

GRABADOR Y PLATERO.

Este célebre artista del siglo XV, que ha dejado una multitud de obras maestras de platería y muy buenos grabados, fué pastor en su juventud, en el ducado de Berg. Muchos suponen que Israel, como Lucas de Leyde, Alberto Durero, Cranak y otros alemanes ilustres de aquel tiempo, fué también pintor al mismo tiempo que grabador y platero, apoyándose para afirmarlo no solamente en una vaga tradición, sino en un texto claro y veradero de J. Wimpeling (*Berum germanorum epitome*) en donde se dice lo que sigue: « Los cuadros de Israel el alemán son muy buscados en toda Europa, y sobre todo los pintores los estiman mucho. » Esta nota se ha complicado, á juicio de los comentaristas por la necesidad de distinguir los dos personajes del nombre de Israel, cuyos retratos hizo el mismo personaje. Damos con este artículo la cabeza barbuda y adornada con un turbante, á cuyo pie se lee: *Israel Van Meckenem Gotsmit*; la otra de que queremos hablar es la que representa en busto á Israel, y á lida, su muger.

Era muy sencillo aceptar estos dos retratos como figurando un mismo personaje en dos edades y dos vestidos diferentes. El capricho de barba y de tocado oriental del que hemos adoptado, no puede extrañar á nadie en el retrato de un artista que tal vez quiso poner en armonía su traje con

su nombre hebreo. El historiador Bartsch no titubea en reconocer á nuestro grabador Israel en la cabeza del turbante, que firmó con todos sus nombres y su título; pero en el otro retrato de Israel con su muger, ha visto otro Israel que para él es el pintor, y padre del grabador platero. Sin embargo



Israel Van Meckenem.

otras investigaciones más recientes han destruído la ingenua hipótesis del venerable Bartsch. Sea como quiera, lo cierto es que Van Meckenem pasa como pintor, y su nombre figura en una inmensa cantidad de cuadros de su tiempo. En los cuadros que se le atribuyen se reconoce más bien la influencia flamenga que la de los contemporáneos alemanes, lo que estaría algo en contradicción con el carácter conocido de sus grabados. En estos, Israel, compositor y dibujante bastante primitivo en las escenas sagradas, demostraba

mucho inventiva, habilidad y gusto en los asuntos profanos, sobre todo en sus piezas de platería. Además, la vida de este laborioso artista es poco conocida, puesto que se ignora enteramente la fecha de su nacimiento, y se ignoraría también la de su muerte, si un curioso dibujo publicado por Ottley, en su libro de investigaciones sobre la historia del grabado, no nos hubiese revelado que Israel murió en 1503, el año después de aquel en que copió la Inmaculada Concepción, de Alberto Durero.

## SITIO DE LA ROCHELA

POR

RICHELIEU.

1627.

EL PARTIDO PROTESTANTE EN FRANCIA DE 1622 A 1627.

— Un tratado firmado en Montpellier entre Luis XIII y el duque de Rohan en el mes de octubre de 1622 puso término á la guerra de religión, que había estallado el año anterior. Por este tratado se restablecían los antiguos edictos de pacificación; pero se prohibía á los hugonotes que no conservaran ya más ciudades fuertes que la Rochela y Montauban, todo género de reuniones, como no fuesen consistorios ó sinodos eclesiásticos. Además, el rey se comprometió á no mandar guarnición á Montpellier, ni construir allí ninguna ciudad y á demoler el fuerte llamado Luis, que poco antes había hecho levantar á unos mil pasos de las puertas de la Rochela. Esta paz, no muy respetada por ambas partes, tendía á consumar la ruina del partido protestante, y por eso los jefes de este partido, que eran el duque de Rohan y su hermano el duque de Soubise, esperaban con ansia una ocasión para hacer recobrar á sus correligionarios las asambleas políticas, las ciudades fuertes, la organización militar, y todas cuantas ventajas habían perdido. Viendo en 1625 á Richelieu comprometido en una lucha religiosa con la casa de Austria, juzgaron el momento oportuno, aunque bueno será decir que tampoco les faltaban otros pretestos. El fuerte Luis, que dominaba la entrada de la Rochela, lejos de ser destruído en conformidad á lo pactado, se iba fortificando de día en día. Se habían enviado tropas de artillería y guarda-costas á Brouage y Oleron. Se prohibía la entrada y salida de los buques en la Rochela, á no ser que pagasen derechos tan considerables que causaban la ruina de su comercio, y por último se sabía que se había reunido una flota en la embocadura del Blavet con objeto de completar el bloqueo.

En vista de estas circunstancias el duque de Soubise se decidió á tomar las armas sin consultar á su partido. En el mes de enero de 1625 se apoderó de la isla de Re, en la que armó cinco buques menores, que equipó con 300 soldados y 100 marineros, y el 17 del mismo mes entró en el puerto de Blavet, atacó los buques del rey y se hizo dueño de ellos; pero cuando quiso salir con su presa, se vió obligado á detenerse á causa de los vientos contrarios, y no pasó mucho tiempo sin encontrarse sitiado por dos mil hombres que se hallaban al mando del duque de Vendôme, gobernador de la Bretaña. Los hugonotes creyeron perdido á Soubise, y dijeron que nada tenían que ver con él. Al cabo de tres semanas el viento cambió y habiendo logrado cortar las cadenas y cables que cerraban el puerto, se fué, llevándose quince ó diez y seis buques con los que se apoderó de la Isla de Oleron.

El duque de Rohan, considerando que la pérdida de esta flota predispondría el ánimo de Richelieu para transigir, quiso entablar relaciones, reclamando la ejecución del tratado de Montpellier. No habiendo sido aceptadas sus proposiciones, empezó por su parte las hostilidades en el Languedoc el 1.º de mayo, y convocó en Castres una reunión de iglesias de la provincia por la que se hizo nombrar general; y al poco tiempo logró hacer frente á las tropas del rey, á pesar de ser pequeño su ejército y haberle costado mucho trabajo reunirle.

En este tiempo el duque de Soubise, que por fin había obtenido el concurso de los rocheleses, se mantenía cruzando el mar con una poderosa flota, haciendo numerosas presas, y aun atreviéndose á hacer desembarcos en las costas del Languedoc con el objeto de asolarlas. Pero bien pronto Richelieu, que había tomado buques de la Holanda y la Inglaterra, le hizo atacar por Toiras y el duque de Montmorency en la rada de la aldea de San Martín (Isla de Re), el 15 de setiembre, derrotándole y apoderándose de una gran parte de su flota, habiendo logrado el resto refugiarse en Inglaterra.

Estos triunfos no detuvieron á Richelieu, que había resuelto ahogar la guerra civil. «El principio del año de 1626, dice él en sus Memorias, fué señalado por dos acciones importantes, y poco esperadas, que dieron al rey el reposo dentro y fuera de su reino, y le abrieron camino para estirpar el partido hugonote que dividía después de cien años sus Estados. Estas dos acciones fueron: la conclusión de la paz con la España y con los hugonotes.» Esta doble negociación fué conducida con la habilidad ordinaria del cardenal. La España, esperando que Luis XIII se comprometiera cada vez más en la guerra contra los reformados, se mostró muy poco exigente sobre los negocios de Italia. La Inglaterra, cuyo interés era que la Francia se conservase en guerra con el resto de la Europa y sobre todo con la España, aconsejó á los rocheleses que se arreglasen con el rey: «de donde resultó, dice Richelieu, que con una astucia inusitada decidió á los hugonotes á que consintiesen en la paz, amenazándoles con hacerla con la España, y á los españoles á aceptarla por la misma razón respecto á los hugonotes.»

Esta paz, firmada con los protestantes el 5 de febrero de 1626, no modificaba casi nada para los hugonotes el tratado de Montpellier. Solamente les acordaba las fortificaciones que habían construído nuevamente, y el rey de Inglaterra garantizaba el tratado. Sus embajadores prometían, según la palabra que se les había dado, «que el fuerte Luis y las islas de Re y Oleron no dañarian nunca en manera alguna á la seguridad y al comercio de la Rochela.»

Richelieu aprovechó el reposo que le proporcionaba la paz, y persistió con ardor en su proyecto de levantar, ó por mejor decir, de crear nuevamente la marina francesa. Comenzó por suprimir la carga de almirante de la Bretaña y por redimir del duque de Montmorency la de gran almirante, cuyos privilegios contrariaban sus designios, y en seguida se hizo nombrar superintendente de navegación y comercio. Después dió las órdenes oportunas para que se construyesen buques de todas dimensiones con los puertos de Francia y Holanda. La paz le era necesaria, y aun no estaba muy dispuesto á romperla cuando á consecuencia de una desavenencia con la Inglaterra, se vió obligado á volver á empezar la lucha más pronto de lo que pensaba.

Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, se había casado con Carlos I rey de Inglaterra; pero la discordia estalló bien pronto entre los dos esposos. La joven reina, se había negado desde los primeros días de su estancia en Londres, á coronarse con su marido por no tener que arrodillarse delante de un prelado herético en el presbiterio de Westminster. Todos los días se veían nacer entre ellos nuevas disputas que el favorito del rey, el duque de Buckingham atizaba cuanto podía, hasta que por último, el 9 de agosto de 1626, tuvo el sentimiento de verse separada de todos los clérigos que le eran adictos y de todas sus damas francesas, que fueron espulsadas de Inglaterra. Luis XIII, al ver esto, tomó con ardor la defensa de su hermana, y en el mes de octubre del mismo año envió á Londres, para arreglar estas diferencias,

á Bassompierre, quien, creyendo haber concluido la misión que se le había encargado, iba á volverse ya; pero al tiempo de embarcarse, Buckingham le hizo saber en Douvres que se hallaba encargado de una misión extraordinaria cerca de la corte de Francia. Esta nueva rompió todas las negociaciones. Luis XIII, que no había podido olvidar la manera insolente con que Buckingham se había conducido con Ana de Austria se negó á recibirle, y el favorito ofendido hizo apresurar por los corsarios ingleses todos los buques franceses que se hallaban en las costas de Francia é Inglaterra, y prometió su protección á los hugonotes si se hallaban en disposición de tomar las armas; además, con el fin de comprometerlos más á declararse, hizo equipar una flota formidable con la que se presentó de repente delante de la isla de Ré en el mes de julio de 1627. En ella llevaba diez y seis mil hombres de desembarco y un gran número de refugiados franceses, entre los que se hallaba el duque de Soubise. Buckingham hizo reparar en los pueblos de la costa un manifiesto del rey de Inglaterra en el que declaraba que sus fines no eran otros que los de restituir á las iglesias de Francia su antiguo esplendor, y socorrer á la Rochela que las armas del rey amenazaban por todas partes. Los rocheleses, sin embargo, dudaron largo tiempo en aceptar las proposiciones de los antiguos enemigos de la Francia, sabiendo además muy bien que cargaban con una horrible responsabilidad, si eran los primeros que comenzaban las hostilidades. El alcalde y las demás autoridades negaron la entrada en el puerto á Buckingham, y á pesar del gran respeto que les inspiraba la vieja duquesa de Rohan, no pudo obtener de ellos que abriesen las puertas á su hijo el duque de Soubise. En vista de esa negativa, la duquesa se vio obligada á irle á buscar en un bote y le trajo acompañado de uno de los secretarios de Buckingham, y en fin pudo conseguirles una audiencia por medio de personas respetables del comercio. Los rocheleses, después de haberles escuchado, los despacharon diciéndoles que se hallaban unidos por un juramento al cuerpo entero de los reformados, y que no tomarían las armas sin el apoyo y consentimiento de sus correligionarios.

PRINCIPIO DE LAS HOSTILIDADES. — LLEGADA DE BUCKINGHAM DELANTE DE LA ROCHELA. — A pesar de esta declaración, los ingleses empezaron las hostilidades. Buckingham quiso, ante todas cosas, dice Fontenay-Mareuil, sitiar el fuerte de Ré, para tener desde allí en caso de necesidad, una retirada segura, y haciéndose dueño con sus buques de todo el comercio desde la ría de Burdeos hasta la de Nantes, poder sostener la guerra sin ser gravoso á la Inglaterra; creyendo por lo demás, mas oportuno dejar entrar al rey en la Rochela, y luego sitiaria, á fin de que no pudiendo defenderse sola, se viese obligada á tomar un dueño, no dudando que en este caso la Inglaterra sería la preferida, y que las otras provincias seguirían su ejemplo á causa de su religión, por cuyo medio ellos llegaban á ser tan poderosos en Francia como sus predecesores lo habían sido.

Para poder comprender mejor esta trama, dice Rohan en sus Memorias, es necesario saber que Ré es una isla que se halla situada á una legua de la Rochela, que tiene siete de largo, y que es muy fértil, sobre todo en vinos y en sal. Entre Ré y Bronage hay otra isla, llamada Oleron, tan grande, tan poblada y tan fértil como Ré, y en donde el rey se había conservado un fuerte de poca utilidad que el duque de Soubise había hecho construir en la guerra anterior: si Buckingham se hubiese apoderado de él, y de toda la isla

en que casi todos eran protestantes, hubiera quitado todo medio de socorro al fuerte de Ré.»

Buckingham se dirigió hácia la isla de Ré: Toiras había sido nombrado gobernador de ella por Richelieu. Se habían construido allí dos fuertes, el uno en la aldea San Martín y el otro llamado Prée á alguna distancia. Este último se hallaba solo en el momento del desembarque de los ingleses. Toiras creyendo que los ingleses atacarían primero el fuerte de San Luis, y á pesar de las órdenes formales de Richelieu, no había guarnecido las dos plazas; pero afortunadamente se había conservado tropas excelentes, y entre otras la mayor parte del regimiento de Champagne, además que el no ignoraba que el rey había reunido un ejército con el que se dirijía á la Rochela.

DESEMBARQUE DE LOS INGLESES EN LA ISLA DE RÉ. — BATALLA DE SAINT-BLANCEAU. — El 22 de julio de 1627 los ingleses saltaron en un sitio llamado Saint-Blancau, muy á propósito para el desembarque. Una punta de tierra se avanza en el mar en este lugar, y hay suficiente agua para que puedan acercarse embarcaciones mayores. Toiras, que no había suficientemente reconocido este lugar, se apresuró á defenderlo, tan luego como supo la llegada de los ingleses. El número de muertos en esta primera batalla fueron; por parte de los franceses el baron de Chantal, padre de la señora de Sévigné, y un sobrino del célebre Montaigne; y por la de los ingleses, que perdieron quinientos hombres, hubo que sentir principalmente al francés Saint-Blancau, el alma de la empresa, y cuya muerte, fue una pérdida sumamente considerable. Este último después de la rendición de Montpellier había vendido todo su patrimonio con el objeto de no tener nada que perder en Francia, y poder hacer la guerra siempre que pudiera vivir á expensas del rey. «Muerto este personaje, dice un historiador, el ejército quedó casi tan muerto como él.»

SITIO DEL FUERTE DE SAN MARTIN. — La lentitud en las operaciones salvó al fuerte San Martín, del que dependía la suerte de toda la isla de Ré. Toiras tuvo bastante tiempo para completar sus preparativos de defensa, y hacer sus provisiones. Sin embargo, cometió la imprudencia, durante los quince primeros días, de no arreglar la distribución de los viveres, y de dejar abiertas las tabernas. «Pero estas faltas, dice un contemporáneo, fueron las solas que cometió, habiéndose portado en lo demás, y en una infinidad de dificultades que encontró, con muchísimo valor y talento.»

Habiendo llegado por último Buckingham delante de la ciudadela, hizo inmediatamente comenzar su circunvalación.

A pesar de haber caído gravemente enfermo Luis XIII, no por eso el ejército real dejó de marchar hácia la Rochela bajo cuyos muros se hallaba á mediados de agosto y poco tiempo después, fué cuando sus habitantes hicieron alianza con los ingleses. Hablaremos de este hecho, tan luego como hayamos tratado lo que pasó en la isla de Ré. El cardenal Richelieu que se había reunido al ejército, comprendiendo la gran importancia de esta isla, no desperdició medio alguno para enviar socorros á los sitiados, que la falta de viveres y de municiones y las enfermedades, habían reducido al último extremo. Es necesario leer, en las Memorias de este gran ministro, la relacion de todos los preparativos que mandó hacer en esta ocasion, y para los que no economizó ni el dinero del Estado ni el suyo propio. En todos los puertos del Océano hizo construir y equipar buques con objeto de enviarlos á las costas de la Rochela.

## SOCORROS ENVIADOS A LA CIUDADELA DE RÉ.

En uno de los primeros días del mes de agosto, trece no bles valientes se metieron en una barca de doce remos; atacados por las chalupas inglesas fueron hechos prisioneros y arrojados al mar, á escepcion de uno llamado Jouy, que perdonaron; Buckingham mandó ahogar á los marineros ingleses que le habían salvado la vida. «Pero estas crueldades dice Richelieu, en lugar de atemorizar á los nuestros, les animaban mucho mas contra los enemigos.» El 8 del mismo mes dos chalupas y una barca lograron llegar á los fuertes de San Martín y de Prée, y muy á tiempo, por que ya no tenían mas viveres que para cinco días y ellas les llevaban para un mes. Buckingham irritado con este socorro, se entregó á horribles crueldades. El 24 de agosto reunió todas las mujeres católicas de la isla que tenían sus maridos en la ciudadela, y las hizo pasar las trincheras á palos, echándolas hácia la ciudadela; pero viendo que no habían querido recibir las al principio, se volvieron hácia los ingleses que hicieron fuego sobre ellas y mataron muchas. Entonces los de la ciudadela tuvieron compasión de ellas, las abrieron las puertas y las recibieron. Hubo una de estas pobres mugeres que habiendo caído herida en el pecho, se puso á dar de mamar á su hijo que estrechaba entre sus brazos para impedirle que llorase. En el momento de recogerla se encontró al niño vivo todavía.»

Los ingleses, para cerrar la mar á los sitiados se valieron de trabajos analogos á los que algun tiempo después empleó Richelieu contra la Rochela. Echaron á pique primeramente en frente del fuerte San Martín un gran número de barcas llenas de piedras; en seguida construyeron con los restos de algunos buques una gran balsa que armaron con varios cañones y que acercaron cuanto les fué posible á la ciudadela; pero esta máquina duró poco, porque en una noche un viento nordeste la hizo desaparecer. Por último, hicieron á unos mil pasos de la ciudadela una estacada de palos de buques amarrados entre sí con cadenas de hierro, y ligados en las estremidades á gruesas anclas y cables; cruzaron tambien de un buque á otro cables, en donde pusieron pipas y toneles para mantenerse en el agua. Esta invención debía cerrar al parecer, el pasaje á la ciudadela: de suerte que Buckingham se jactaba en alta voz de que solamente los pájaros podían pasar.... enorgullecido con todo esto, envió una invitación á Toiras para que se rindiese, y le hizo presente de una docena de melones. Toiras le contestó que no se hallaba aun este estremo, y le envió en cambio de sus melones, seis botellas de agua de flor de naranja y una docena de tarros de polvora de Chipre, de que había tenido cuidado de proveer su ciudadela mas bien que de trigo y de vino para sus soldados. A pesar de esta fauarronada, Toiras, cuya posición empeoraba todos los días, quiso advertir al rey del apuro en que se hallaba, y con este objeto despachó tres hombres que se ofrecieron voluntariamente á atravesar á nado el brazo de mar que separa la isla de Ré del continente. En uno de ellos se ahogó; el segundo estenuado de fatiga, se entregó á los ingleses, y el tercero, que era un gascon llamado Pedro, logró llegar, después de haber corrido grandes peligros. Habiéndole apercibido los ingleses, le hicieron seguir por una chalupa, que concluyó por tomarse por un pez, porque cada vez que la chalupa se acercaba, el atrevido nadador se sumergía, se mantenía debajo del agua el mas tiempo posible, y volvía á aparecer á alguna distancia para comenzar la misma facna. Una tormenta que estalló, sirvió tambien á favorecer su proyecto; se dejó llevar por las olas y por último

mo, habiendo escapado á duras penas de los peces que se encarnizaron en perseguirle, pudo tocar la tierra; pero estenuado por la fatiga y los mordiscos que recibió de los peces, no pudo mantenerse en pie, y se vio obligado á arrastrarse con las manos hasta que encontró un campesino que le llevó al fuerte de San Luis. El rey, para recompensar su valor le dió al instante una gratificación y le pensionó.

La carta, de que este hombre era portador, encerraba tales noticias sobre la situación de los sitiados, que Luis XIII envió al instante á todos los puertos la orden de hacer enviar al momento los socorros destinados á Toiras. Estas órdenes se encontraron con mas de un obstáculo. Los marineros de las costas vecinas de la Rochela eran casi todos hugonotes, y emplearon cuantos medios eran posibles para impedir aquel embarque; y acedian tanto mas á los desusos de sus correligionarios cuanto que todos los días las flotas desembarcaban en las riberas cadáveres de franceses que los ingleses había arrojado al mar, después de haberles amarrado los pies y las manos. Fué necesario, pues, valerse de medidas extraordinarias para poder encontrar el número de hombres necesario para el servicio de las embarcaciones.

Por fin, el 5 de setiembre, en una noche oscura, el capitán Vaslin partió de la rada de Sables d'Olonne con diez y seis pinazas cargadas de provisiones, pólvora, mechas, plomo y medicamentos. Algunas de ellas se perdieron y solo quedaban doce cuando abordó á la flota enemiga. «Tan pronto como los ingleses los descubrieron, dice Richelieu, descargaron sobre ellos una andanada de cañonazos y tiros de fusil que no hicieron daño á ninguna persona, pero que echaron abajo algunos palos, rompieron varias velas, y averiaron una pinaza. Llegaron á la isla á las dos de la noche; cuando se hallaban como á unos doscientos pasos del fuerte, fueron avistados por los que se hallaban allí y que empezaron á gritar: VIVA EL REY! Encallaron en uno de los bastiones de la ciudadela, de los mas avanzados y de donde los enemigos no pudiesen hacerles daño. Al amanecer del día siguiente los marineros descargaron en el fuerte las pinazas á las cuales tiraron los enemigos una multitud de tiros sin causar daño á nadie. El fuerte se hallaba en grande apuro, pues Toiras estaba enfermo, faltaban viveres y los molinos estaban rotos; habían comido ya veinte caballos; se aumentó la ración de los soldados con cuatro onzas de pan y una taza de habas, y se hallaron mucho mas animados con la esperanza de recibir nuevos socorros en lo sucesivo. Los enemigos por el contrario, perdieron algo de su audacia, cuando vieron que no era del todo imposible, el enviar socorros á los sitiados.

«Dos días después, á eso de las doce de la noche, el capitán Vaslin volvió á partir de la isla de Ré con todas sus pinazas cargadas de enfermos y heridos, y de todas las pinazas católicas que los enemigos habían enviado á la ciudadela. El rey regaló una cadena de oro y 1000 escudos al dicho Vaslin, y 13,000 á los marineros de las pinazas, prometiéndole además á Vaslin 4,000 escudos ó el mando de una compañía del regimiento de Navarra, según su deseo. Dos capitanes vascongados que se habían distinguido, recibieron igualmente una cadena de oro, y todos los marineros fueron recompensados.»

NUEVOS SOCORROS DE LA CIUDADELA.—COMBATE NAVAL.— Desde de esta fecha hasta los primeros días de octubre los sitiados no pudieron recibir socorro alguno. La hora de la marea y el viento les habían sido constantemente desfavorables, y los enemigos habían estado tan alerta que no

les fué posible atravesar ninguna de sus líneas. Toiras desanimado empezó á parlamentar, con cuyo objeto envió el 6 de octubre un comisionado á Buckingham para ver cuales eran los ánimos en que se hallaba este. Buckingham respondió que sabía que los sitiados eran muy valientes para rendirse antes de apurar todos los medios, pero que sin embargo, él los trataría con cortesía y aplazó para el día siguiente su contestación definitiva. « En esto, obraba, como lo deseaban los sitiados, que era alargando el tiempo. Un capitán mejor y mas prudente hubiera desde luego formado y concluido el arreglo, reduciéndole si le hubiera sido posible á una sola clausula. Al día siguiente Toiras envió dos señores nobles á Buckingham para saber su resolución, pero este volviendo en sí les dijo que á ellos les tocaba pedir o que deseaban, á lo que contestaron los dos enviados que



Sitio de la Rochela. — Entrada de Luis XIII.

no y de la Mancha, pudo salir de la rada de Sables d'Olonne á eso de las ocho de la noche llevando por santo y seña: VIVA EL REY! PASAR Ó MORIR! Vamos á tomar la relación de esta empresa que decidió la suerte de la isla de Re y de la Rochela de una narración contemporánea titulada: LOS DOS SITIOS DE LA ROCHELLE.

« El capitán Maupas, hombre muy entendido en la marina, conociendo bien el terreno, porque había pasado en una barca repetidas veces en ocho días por medio de los enemigos, con el señor marqués de Grimaud, mandaba la vanguardia... Seguía luego el cuerpo en forma de batalla, compuesto de diez pinazas, además de las quince precedentes que el señor hermano del rey había hecho venir de Bayona. Detrás de estas embarcaciones, y alrededor de ellas, había doce cruceros, como mas fuertes y mas grandes. A retaguardia estaba el filibote del señor de Martillac, bien provisto de armas y municiones. En este orden, y lo mas cerca que podían ir los unos de los otros, marchaban costeano para no ser vistos ni descubiertos por los centinelas de los enemigos, que se hallaban á cosa de una legua de Sables.

« Ahora bien, sucedió que, como esta flota caminaba á ve-

ellos no estaban autorizados para esto. En vista de esta respuesta les despachó, no dándole mas término que el de tres horas, para hacer por escrito sus peticiones. Vueltos á la ciudadela, se decidió el volver á enviar un tambor al enemigo para hacerle saber que había cuatro cuerpos en la ciudadela; los eclesiásticos, los voluntarios, los soldados y los habitantes, y que era muy corto el plazo para poder deliberar; que por lo tanto se le suplicaba esperase hasta el día siguiente; esto le irritó sobremanera, diciendo que se quería abusar de él, y entonces hizo tirar un cañonazo y arrojó muchísimas granadas. »

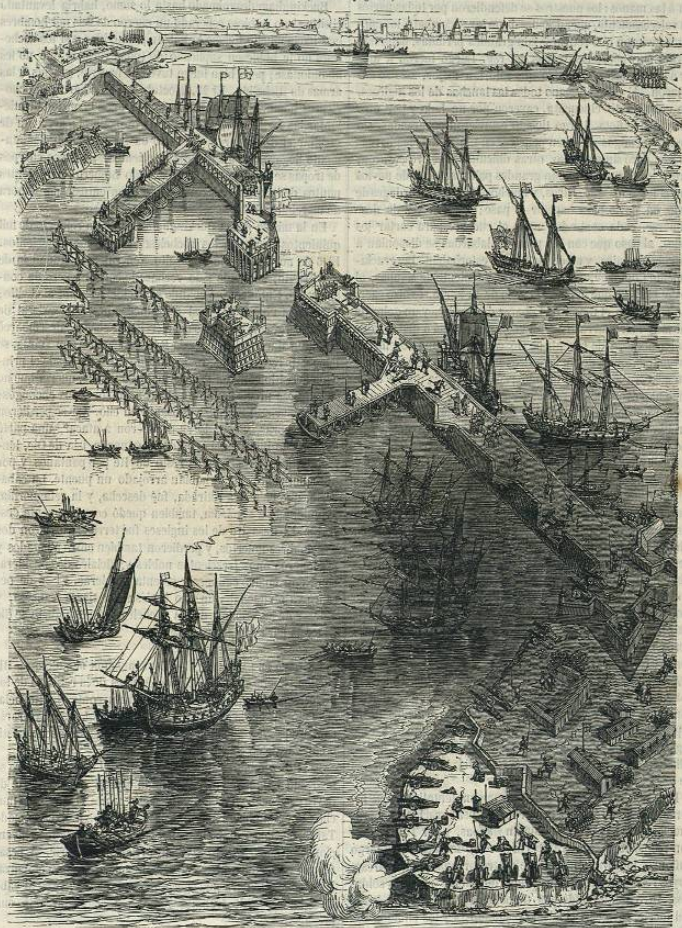
Por último el jueves 7 de octubre, vispera del día en que Buckingham debía responder á las proposiciones de los sitiados, se levantó de repente un vientecillo noroeste, y la flotilla reunida por Richelieu en todos los puertos del Océa-

las desplegadas, y que ya creían estar delante de San Martín, Dios hizo cesar el viento de repente, por manera que tuvieron que permanecer cerca de dos horas sin poder andar ni á izquierda ni á derecha. Sorprendidos todos con esta circunstancia, y conociendo que al amanecer, si seguían en aquella disposición, estarían á merced de los enemigos, se pusieron á rogar á Dios haciendo muchos votos y plegarias, y recomendándose á la Virgen, ofreciéndole en nombre del rey que la edificarían una iglesia bajo el nombre de Nuestra Señora del Buen Socorro, en memoria de aquella jornada, si les enviaba un viento favorable. En efecto, estos anhelos se lograron, y el viento refrescó de súbito, de modo que habiendo vuelto cada cual á tomar su puesto respectivo, en menos de media hora alcanzaron á ver el fuego que M. de Toiras mandaba hacer en la ciudadela. Allí, abandonando la costa de la Tranche, los pilotos, mirando la brújula, entraron todos valerosamente en el bosque de buques enemigos. Los primeros centinelas los dejaron pasar sin decir palabra, y luego comenzaron á envolverlos y á cañonearlos con tanto brio, que se hubiera dicho que granizaba.

(Se concluirá.)

SITIO DE LA ROCHELLE POR RICHELIEU.

FIN.—(Véase la pág. 69.)



Sitio de la Rochela. — Vista del dique de Richelieu.

« Sin embargo, las lanchas y galeotes de los enemigos vinieron despues para cogerlos, de suerte que los que estaban en la tierra grande creyeron, como lo parecia, que estaban perdidos; mas M. de Toiras, confiando siempre en la suerte del rey y de la Francia, al oír el estrepitoso cañoneo,

mandó hacer un vivo fuego sobre los bastiones, y de hecho se hallaba en gran peligro.... Cuatro lanchas y un nav de Inglaterra abordaron la barca del capitán Maupas, quien tomó sus disposiciones para recibirlos, mandando que no se disparase un tiro sin orden suya. Inmediatamente abordaron



los enemigos, pero Maupas descargó un pistoletazo gritando «¡vive!» y toda su artillería descargó al punto. Después vinieron á las manos: los nuestros se defendieron por todas partes tan valerosamente, que, después de un largo combate, los enemigos tuvieron que retirarse con grandes pérdidas, habiendo sufrido muy pocas las tropas del rey. Luego fueron á atacar á las pinazas, creyendo que saldrían mejor, mas se engañaron. Al mismo tiempo todas las lanchas de los ingleses, que eran ciento cincuenta, cayeron por un lado y por otro sobre toda la flota. Largo tiempo estuvieron enzarzadas, sin que los enemigos pudiesen penetrar en ninguna de las barcas del rey, pero sin embargo, otras dificultades se presentaron, porque los enemigos tenían grandes palos mayores de navíos atados los unos á los otros, y muchos maderos y cordajes de navío en navío para impedir el paso; mas en vez de desanimarse, cada cual echó mano al cuchillo para cortar los cables, al paso que con las picas y alabardas se disponían á destruir los palos y maderos que les estorbaban. Desgraciadamente Coussage, contra-maestre y teniente de Maupas, al cortar el cable que impedía el paso de su barca, le hizo caer, y se enredó en el timón de la barca de Basilly, y un golpe de mar muy fuerte arrastró á esta contra el bagel á que el cable estaba atado, y de repente se vió cogida por una docena de lanchas; después de un largo combate, viendo que ya la resistencia era imposible, mandó repelidas veces que se diese fuego al polvorín para no caer en manos de los enemigos, á lo cual no quisieron obedecer, mas por último hubo que ceder á la fuerza y aceptar las proposiciones de los enemigos, que fueron las de pagar diez mil escudos por el rescate de M. de Basilly y de sus compañeros.

Ahora bien, en tanto que los enemigos se encarnizaban en este botín, veintinueve barcas llegaron felizmente á la puerta de la ciudad á eso de las cuatro de la mañana. Así que el centinela que se hallaba en el bastión de la Reina echó el quén vive? un crecido número de voces le respondieron en tumulto: Viva el rey! lo que infundió á los que estaban dentro una grande alegría.

M. de Toiras, al ver aquel socorro tan inesperado como oportuno, corrió á abrazar hasta en el agua á la flor de sus amigos y á todos los que venían con ellos; y pasados los primeros cumplimientos, se llevó á los recién venidos á sitios donde pudieran calentarse.

ATAQUE DE LOS INGLESES.—ASALTO.—BUCKINGHAM ES ARROJADO DE LA ISLA DE RÉ.—Al otro día que era el señalado para que Toiras enviase á Buckingham los artículos de la capitulación, los sitiados mostraron por toda respuesta á los ingleses, en la punta de sus picas, una gran cantidad de botellas de vino, capones, gallos de la India, jamones, lenguas de vaca y otras provisiones.

El mismo día los ingleses hicieron una tentativa para incendiar la flota francesa con brulotes; pero gracias á las precauciones tomadas por el capitán Maupas, y por Toiras, fueron rechazados con grandes pérdidas; después de un largo cañoneo, lograron únicamente destruir unas veinte barcas, cuyos restos sirvieron para construir chozas para los soldados. Otro ataque dado el 9 de octubre contra las trincheras del fuerte, tuvo casi el mismo resultado, «y los sitiados conocieron entonces que los de la ciudadela tenían pólvora y balas, porque los que tuvieron la imprudencia de adelantarse mucho, pagaron sus hazañas bien caras.» El refuerzo que entró en la isla tan á punto se componía de doscientos cincuenta soldados, cincuenta marineros, diez y seis artilleros, y mas de sesenta nobles que tomaban parte en aquella guerra.

Algunos días después llegó el rey al campamento ántes los muros de la Rochela.

Buckingham desanimado hasta lo sumo, habría levantado el sitio si no hubiese esperado un cuerpo de seis mil hombres que hacía mucho tiempo le habían prometido, y si los rocheleses no le hubiesen suplicado de todas veras el que no les abandonase; pero bien luego tuvo que hacerlo, gracias á las armas de Richelieu. El 23 de octubre, desembarcaron ochocientos hombres en el fuerte de la Prée, con la misión de adelantarse las fortificaciones de este fuerte hasta el mar, á fin de facilitar el desembarco del resto de las tropas. Inmediatamente llegaron tambien otros setecientos, y nuevos cuerpos de tropas se iban reuniendo en crecido número en diferentes puntos de la costa, esperando con gran entusiasmo la hora de marchar.

En la misma época Buckingham recibió un refuerzo de mil quinientos hombres; los rocheleses le trajeron ochocientos. El 6 de noviembre dió un asalto general á la ciudadela de San Martín, habiendo sido rechazado con una pérdida considerable. Entonces fué cuando se decidió á levantar el sitio; pero en la noche del 7 al 8 de noviembre, el mariscal de Schomberg, con el grueso del ejército de socorro desembarcó en Santa María, al sudeste de Ré, y uniéndose con Toiras, se puso á perseguir á los ingleses. Toiras, que, desde el principio del sitio contaba dos hermanos muertos, quería que no se perdiese ni un instante para cargar sobre los enemigos; pero el mariscal no quiso consentir en ello. Así se perdieron muchas horas, y cuando se decidieron á atacar, una parte del ejército inglés había podido ya ganar la isla de Oie, lengua de tierra separada del resto de Ré por pantanos y por un canal sobre el cual habían arrojado un puente. La caballería, que cubría la retirada, fué desocha, y la retaguardia, abandonada á sí misma, tambien quedó completamente destruida. El desastre de los ingleses fué terrible: tuvieron dos mil hombres muertos, y perdieron tambien entre ahogados y prisioneros unos trescientos nobles y oficiales de consideración, con cuatro cañones y sesenta banderas. El 30 de octubre ya no quedaba un solo inglés en la tierra francesa, y á pesar de las súplicas de los rocheleses, Buckingham se dió á la vela para Inglaterra.

BLOQUEO DE LA ROCHELA.—CONSTRUCCION DEL DIQUE.—Richelieu, dueño de sus acciones después de la retirada de los ingleses, pudo volver todas sus fuerzas contra la Rochela. Esta ciudad había titubeado largo tiempo ántes de declararse contra el rey, y aun se dice que el rompimiento de las hostilidades se debió solo á una equivocación.

El sitio ofrecía grandes dificultades. Lo que primero se hizo fué bloquear enteramente la ciudad por la parte de tierra; pero luego era tan difícil el cerrarla el mar, que muchos lo creían hasta imposible. Un ingeniero italiano llamado Targon propuso atajar el canal por medio de algunas invenciones propias, y cuyo secreto no quiso descubrir. A pesar de que Richelieu no tuvo en este ingeniero mucha confianza, le dió permiso para que ejecutara sus planes; mas al cabo de seis meses de trabajos hubo que renunciar á la empresa.

Dos franceses sacaron á Richelieu de aquel apuro: uno era Metzeau, arquitecto del rey, y el otro era Triot, uno de los primeros albañiles de París.

«Estos dos sujetos ofrecieron, dice Fontenay Mareuil, cerrar el puerto por medio de un dique de piedras, atravesado en el canal, cuyas piedras se tomarían en las dos riberas donde las había en abundancia, asegurando que por furioso

que estuviese el mar, el dique resistiría. En efecto, Richelieu reuniendo en consejo á todos sus oficiales y dando parte al rey de las proposiciones, decidió que al día siguiente comenzasen los soldados á trabajar en ello.»

Ademas, para proteger á los trabajadores se construyó al mismo tiempo por el lado de Courville, un fuerte llamado del Dique, y rodearon la ciudad de una circunvalación que, á pesar de los obstáculos que presentaban la naturaleza y la estension del terreno, quedó enteramente concluida antes que se acabara el año de 1627. El dique se comenzó el 4 de diciembre de 1625, y los trabajos se siguieron con mucha actividad. La víspera del día de Reyes estalló una fuerte tempestad que se llevó una parte de las construcciones. A fines de enero el marqués de Spínola, hábil general español, fué á hacer una visita al rey y le llevaron á ver los trabajos del sitio. «Este general, dice Richelieu, halló las obras muy hermosas y muy bien dirigidas, principalmente las del dique, asegurando que podría tomarse la ciudad con tal de que hubiese un poco de paciencia y no se economizara gasto alguno.»

Para acelerar los trabajos, se arrojaban en el canal por el sitio donde debía cerrarse, grandes balsas llenas de piedras.

TENTATIVA PARA SORPRENDER A LA ROCHELA.—Por otra parte Richelieu lo arreglaba todo con una prudencia admirable, y supo triunfar á un tiempo de las intrigas de sus enemigos cerca del rey, y de la mala voluntad de los señores que decían como Bassompierre: SEREMOS BASTANTE LOCOS PARA TOMAR LA ROCHELA, y sobre todo de la avaricia é incapacidad de los abastecedores del ejército: ademas tambien supo ganarse la buena voluntad de los sitios cercanos á la Rochela, poniendo un comisario especial para escuchar las quejas de los campesinos contra los guerreros, quitando al mismo tiempo todo pretexto de robos y saqueos, asegurando completamente las provisiones de las tropas, suministrando á los soldados buenos vestidos para el invierno, y haciendo pagar el sueldo no ya por conducto de los capitanes, sino directamente por los comisarios del tesoro. Así el *Mercurio Francés* dijo que el ejército de tierra empleado en el sitio de la Rochela costó, aunque era mucho mas considerable, dos terceras partes ménos que el que fué derrotado en el sitio de Montauban en 1621.

Sin embargo, como los trabajos del dique iban con mucha lentitud, se intentó mas de una vez el apoderarse por sorpresa de la poblacion. Richelieu da largos detalles sobre una de estas tentativas que estuvo á punto de salir bien. Pontis en sus Memorias, cuenta otra en la cual representó el primer papel, y en la que se mezcló tambien el famoso confidente de Richelieu, el padre José.

El padre José dice, supo que existía un grande acueducto por donde salían todas las inmundicias de la ciudad, y se creyó que pudiendo meter algunas tropas de noche por este acueducto se entraría facilmente en la plaza. Entonces se tomó la resolución de intentar esta buena empresa, y hasta se inventó una terrible máquina con este fin; pero antes hubo que reconocer el el pasaje era bueno. Se habló de enviarme á mí... y en efecto salí para ello una noche que hacía muchísimo viento, lo que favorecía muy bien nuestros designios. Antes se habían ya colocado soldados de cincuenta en cincuenta pasos para que nos sostuvieran en el caso de que nos atacáran, y tambien con el fin de que nos indicáran los sitios en donde había fosos para que no pudiésemos perdernos en la oscuridad. Habiendo llegado al acueducto, me-

dimos su profundidad, y vimos que por todas partes tenía una horrible hondura de todo, lo que nos convenció de que era imposible atravesar por él. Nos volvimos pues, y dijimos que era preciso renunciar á aquella empresa en que podríamos perder hasta cuarenta mil hombres sin resultado alguno, pero el padre José al oír esto, se encolerizó diciendo que no era así, y que le constaba todo lo contrario porque un hombre de la misma Rochela se lo había asegurado muchas veces. Yo le respondí atrevidamente que lo mejor que podía hacer era mandar ahorcar á ese hombre que era un solemne embustero, y añadi que, aun cuando el pasaje hubiera sido bueno, nada se habría podido hacer aquella noche, puesto que no había puentes en los fosos, y si solo una tabla por la cual apenas podía pasar un hombre. El padre José siguió gritando y decía que los puentes debían estar puestos en razon á que el había dado órdenes para que los pusieran, pero en último resultado como era cierto que no los había, aquel gran proyecto se desvaneció. El rey después de tomada la Rochela quiso ver este acueducto, é hizo ver al padre José los peligros á que había querido esponer su ejército.

EXPEDICIONES DE LOS INGLESES.—CAPITULACION DE LA ROCHELA.—Richelieu, como lo dice el mismo, tenía que vencer tres reyes para apoderarse de la Rochela: al rey de Francia, al de España y al de Inglaterra. Luis XIII, cansado ya, se volvió á París, y Richelieu, cuya partida lo habría echado á perder todo, no titubeó en dejarle marchar solo, quedándose cerca de la Rochela, de la que dependía su fortuna política en aquella ocasion. Los españoles, á pesar del tratado que habían hecho con la Francia, no enviaron una flota sino mucho después de la marcha de Buckingham, flota que permaneció muy pocos días ante la Rochela. La Ingilterra preparaba una formidable expedición que se presentó en las aguas de Ré el 14 de mayo de 1628, componiéndose de unos sesenta buques, los mayores de 1,200 toneladas. Los ingleses se imaginaban poder entrar sin obstáculo en el puerto, «pero tuvieron que detenerse, dice un historiador, viendo guardada la entrada de la rada por una flota de veintinueve buques y una multitud de barcas y chalupas armadas. Los flancos de estas fuerzas navales estaban protegidos por las baterías que erizaban los dos promontorios de Bate y de Courville, y las dos riberas del canal. Así pues, suponiendo que hubiesen podido forzar esta terrible barrera, se habrían hallado en frente del dique casi acabado, guarnecido de cuatro baterías á sus dos estremidades, y á los bordes de la estrecha abertura que había quedado en medio para el paso de las mareas. Ademas, esta abertura estaba protegida por un fuerte, que, á su vez, estaba tambien cubierto por veinticuatro buques encadenados uno á otro en forma de media luna. Por la otra parte del dique hacia la Rochela, una segunda estacada flotante compuesta de treinta y siete buques encadenados, y una flotilla de barcas armadas, contenían los esfuerzos de los rocheleses para comunicar con sus auxiliares; así fué que al cabo de ocho días, y después de haber lanzado tres brulotes sin éxito alguno, la flota inglesa tuvo que birar de bordo á la vista de los rocheleses consternados el 18 de mayo.»

La miseria de los desgraciados habitantes de la ciudad había llegado á su colmo. Desde el principio del año se había empezado á sentir el hambre. Cuando estuvo Buckingham en la isla de Ré, le habían suministrado víveres, y ademas le habían permitido que se llevase trescientos toneles de trigo. De este modo, la única cosa que les sostenía era la esperanza de la vuelta de los ingleses, y cuando la flota que esperaban